

LAS CARTAS DE MIS ABUELOS O ALGUNAS CUESTIONES SOBRE EL ESPAÑOL EN EL URUGUAY

Virginia Bertolotti¹

Sr. Presidente en ejercicio de la Academia Nacional de Letras, Profesor Jorge Arbeleche

Sra. Secretaria de la Academia Nacional de Letras, Licenciada Marisa Malcuori

Señores académicos, estimados colegas y queridos amigos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, de la Facultad de Información y Comunicación y del Programa de Lectura y escritura en español, estimados estudiantes y exestudiantes, queridos amigos, querida familia:

Como es de estilo, pero no por ello sin sentimiento, agradezco a esta corporación haberme integrado a ella a través de mi nombramiento, particularmente a Ricardo Pallares, mi profesor en el liceo Dámaso Antonio Larrañaga, quien me enseñó a ver el estudio de la literatura no como una cuestión de expresión de sentimientos o de autores o de expresión histórica y cultural —que también lo es—, sino como un fino trabajo con la materia lingüística; y también a mi profesor Adolfo Elizaincín, de quien aprendí el rigor en el trabajo académico.

Agradezco también a Marisa Malcuori su exageradamente elogiada presentación. También Marisa fue profesora mía, hace casi treinta años y me sigue resultando un privilegio poder trabajar con ella —ahora en la Comisión de Gramática de la Academia— por su conocimiento y por su pasión y honestidad intelectual.

Me precedió en la ocupación del sillón académico que hoy asumo Carolina Escudero, quien integró la Academia Nacional de Letras entre 2002 y 2013. Poco puedo decir de su obra, en el sentido

1 Agradezco enormemente a Serrana Caviglia y a Antonio Lezama sus comentarios a versiones preliminares de este texto.

que le damos en el mundo universitario a la palabra obra. Escribió poco, o mejor dicho, publicó poco. No tuve ámbitos de trabajo o de amistad comunes, pero sé por otros que trabajaba mucho, que era generosa con su conocimiento y con su tiempo y que era una amiga entrañable. Sé por mí misma —tomé con ella un curso de sintaxis del pronombre *se*, a fines de los ochenta— de su calidad docente, de su pensamiento sutil y exhaustivo y de su amor por la gramática del español. Seguramente, su obra consista en haber transmitido ese amor a otros.

Antes de ser ocupado por Carolina Escudero, el sillón fue de los Académicos Fernán Silva Valdés (entre 1943 y 1969) y Julio C. Da Rosa (entre 1970 y 2001), ocupantes que no precisan presentación. El nombre del sillón es Ernesto Herrera quien fue un dramaturgo que murió muy joven (1876-1917), con una vida infeliz y una obra no muy exitosa en su época. Además de prosa recogida en *Cuentos brutales* (Herrera 1931) y de una sostenida actividad periodística, escribió obras teatrales: *El estanque*, *Mala laya*, *La moral de misia Paca* y *El león ciego*. Estas piezas son publicadas a su muerte por suscripción popular —un *crowdfunding*, dicen ahora creyendo hacer algo nuevo— con el objetivo de que el producto de la venta llegara a manos de su hijo, Barrett Herrera. Sus coetáneos lo consideraban el nuevo Florencio Sánchez, como señalaba Antón Martín Saavedra en su discurso luctuoso (Herrera 1917, p. 11).

Quizá la más conocida de sus obras sea *El león ciego*, que fue presentada por última vez en una puesta de la Comedia Nacional en el Teatro Solís en 2007, sesenta años después de que la Comedia inaugurara sus actividades con esta misma obra en 1947. También es recordada por una puesta exitosa por el teatro *El Galpón* en 1962. *El león ciego*, leída hace ya muchos años, llamó mi atención sobre aspectos del español rural y me llevó a unas reflexiones que he ido madurando con el tiempo algunas de las cuales voy a compartir con ustedes en la tarde de hoy. En esa obra de principios de siglo XX, se representa el mundo y el habla rural de dos generaciones, en una versión realista de lo teatral, deudora seguramente de Florencio Sánchez, quien tan bien ha caracterizado el habla de diferentes grupos sociales rioplatenses.

Sobre un habla rioplatense, justamente, quiero reflexionar con ustedes en la tarde de hoy, en términos de su historia y de su presente. Por una parte, en Uruguay decimos cosas que otros no di-

cen —pero en algún momento dijeron— como *pollera*, *gabán* o conservamos distinciones que otras comunidades de hablantes han perdido. Distinguimos *lo miré a los ojos* de *la miré a los ojos* a diferencia y más reciente empleo europeo de una única forma *le miré a los ojos*. ¿Somos por tanto conservadores? Por otra parte, hemos casi abandonado formas como *cantase* y preferimos la más nueva *cantara*; hemos resignificado palabras: no usamos *vereda* como ‘camino en el campo o dentro del bosque’ sino como ‘vía urbana para peatones entre la línea de construcción y la calle’. ¿Somos, por tanto, innovadores?

Para pensar sobre estas preguntas, analizaré un conjunto de textos escritos, entre fines de la década del ‘30 y principios de la década del ‘40 del siglo pasado, hace ochenta años. Es esta una diacronía muy breve, mucho más breve que las que solemos considerar en historia de la lengua y corresponde a un período que no suele analizarse en perspectiva histórica. Una mirada sobre los estudios dedicados la historia del español evidencia que los mayores focos de interés han estado en el español medieval, en el español áureo y en el español moderno, y que son menos frecuentes los estudios sobre el siglo XVIII tardío y menos frecuentes aun los estudios sobre el siglo XIX. Nada se ha dicho, hasta donde sé, del siglo XX en perspectiva histórica, que es lo que voy a hacer a continuación.

El corpus con el que trabajé, como saben por el nombre que di a este discurso, son textos de mis abuelos, escritos entre 1939 y 1944. En los próximos meses ellos cumplirían 100 años. Mis abuelos eran los jóvenes de la generación que vivió el mundial del ‘50 y que disfrutaron de creer que “como el Uruguay no hay”. Provenían de familias de inmigrantes y pertenecieron ambos a la primera generación en completar la educación primaria en sus familias y lo hicieron, por cierto, en la enseñanza pública.

Este epistolario de Lelio y María Elena se compone de cuarenta piezas entre cartas, notas y esquelas; incluye también algunos pocos textos escritos por otros o para otros. Las cartas se corresponden con momentos de distancia mayor: una ida de Lelio a Buenos Aires a jugar al básquetbol, una enfermedad leve de él, una ida al interior de María Elena. El resto son notitas enviadas con motivos varios, muchas veces de una cotidianeidad absoluta. Cabe recordar que en esa época, las personas de las clases populares se comunicaban a la distancia a través de mensajeros, que frecuentemente se queda-

ban esperando la respuesta inmediata. La vida bajo un mismo techo —matrimonio mediante— disminuyó el número de comunicaciones a distancia y la llegada del teléfono explica el fin de la comunicación escrita entre ellos.

Como dije, han pasado tres generaciones. Lelio y María Elena estaban entre sus veinte y sus treinta cuando escribieron estos textos, como lo están hoy sus bisnietos Luciana, Edu, Sofía y Rodrigo, que suplen la distancia física con formas de comunicación más diversas y en las que el uso de la lengua escrita tiene características distintas. Del conjunto de fenómenos de interés lingüístico relevados en las cartas, por ejemplo, cuestiones léxicas como los préstamos *orticaria*, *chau*, *salute*, *grippe* (escrita con grafía francesa) o los uruguayismos *pronto* con el sentido de 'listo', *programa* con el sentido de 'salida, visita, plan de ocio' o las expresiones *los otros días*, *a lo grandes señores* o *como en Colombes*, escogí dos rasgos gramaticales que han cambiado en estas tres generaciones y que nos permiten reflexionar sobre la lengua que empleamos.

Cuando me refiero a qué ha cambiado, no me pregunto —no se lo pregunta ningún lingüista— si el cambio ha sido bueno o malo. No me voy a ocupar aquí de la corrección idiomática —aunque alguien podría pensar que es esa una tarea de Académico de la lengua— sino de la descripción y, en alguna medida, de la explicación de algunas características de los cambios en nuestro español. Estos no son excepcionales. Lo natural es que las lenguas cambien aunque ese cambio sea mayoritariamente imperceptible a los hablantes de una generación. Así como también es natural que las lenguas entren en contacto con otras, por lo cual, la historia de los contactos lingüísticos de nuestro actual territorio, que reviso rapidísimamente a continuación, no debe ser considerada excepcional. Quizá la única peculiaridad sea la cantidad y variedad de contactos en un lapso históricamente breve, que entiendo necesario recordar antes de seguir adelante.

La historia de la lengua española en el Uruguay comienza con hablantes de diferentes modalidades del castellano aprendidas en diferentes lugares en España, hablantes que se encontrarán antes de partir, o durante el viaje o en América. Llegados a este continente, tuvieron que comunicarse con hablantes de diversas lenguas indígenas. Muchos indígenas aprendieron español y se lo transmitieron a sus hijos, y, como cualquier persona que incorpora un artefacto cultural, lo modificaron al adecuarlo a sus posibilidades y a sus

necesidades. En el caso específico de lo que hoy conocemos como Uruguay, en el siglo XVIII, siglos después de ese primer contacto del español con lenguas habladas por las poblaciones indígenas, llegan poblaciones esclavizadas, hablantes de lenguas africanas; llegan también nuevos hablantes de español, de un español más moderno. Siempre estuvo, por otra parte, la otra lengua europea presente en América y en nuestro territorio: el portugués. A lo largo del siglo XIX y de parte del XX nuevas lenguas europeas se oírán en boca de masas de inmigrantes: modalidades lingüísticas de la Península Itálica, el francés, el gallego, el inglés, entre otras.

Volvamos pues, a los cambios en el español en el Uruguay a través de las cartas de Lelio y de María Elena. Analizaré aquí dos características del español de mediados del siglo pasado: el empleo de los futuros y de las formas de tratamiento.

Hemos convenido en llamar “tiempos futuros” a las expresiones de eventos (acciones, procesos, estados) que suceden con posterioridad al momento de uso de la palabra. En la historia de la lengua española las formas de expresar el futuro han sido muy variadas y ha habido una “llamativa renovación cíclica” (Melis 2006, p. 923) entre formas simples y perifrásticas (también llamadas compuestas o analíticas). Desde el empleo de formas analíticas *cantar lo he* —que se mantienen hasta el siglo XVII—, o de formas como *he de cantar* —que se mantienen muy productivas hasta el siglo XIX— llegamos a *voy a cantar*, pasando antes por *cantaré*. Esta forma simple (*cantaré, cantarás, cantará, cantaremos, cantarán*) se extiende a partir del siglo XVI; tres siglos después, se comienzan a utilizar nuevamente futuros analíticos o perifrásticos, compuestos con «*ir + a + infinitivo*»: *voy a cantar, vas a cantar, va a cantar, vamos a cantar, van a cantar*. La expresión del futuro a través de esta forma compuesta o perifrástica es algo reciente en la historia de la lengua española, ya que se remonta apenas al siglo XIX. En aquel momento las perífrasis se empleaban para expresar futuridad inminente, próxima (Melis 2006, p. 929), como en *La parte más aburrida de este discurso va a comenzar*. Luego, en una segunda fase (principios del siglo XX), la perífrasis se comienza a usar con valores prospectivos no inminenciales (Melis 2006, p. 930) aunque se mantiene la preferencia por el futuro simple para la expresión de lo más lejano en el tiempo (Garachana Camarero 2011, p. 93), como en *Este discurso se va a publicar (en dos meses)/El discurso se publicará (en dos meses)*.

En el Río de la Plata en la actualidad hemos abandonado las formas simples (como *cantaré*) para expresar tanto el futuro cercano como el futuro lejano (no lo hemos hecho, por cierto, en la lengua escrita académica o administrativa que reúnen géneros muy conservadores). Nadie dice *Mañana le contaré a Pedro cómo estuvo el discurso*, sino *Mañana le voy a contar a Pedro cómo estuvo el discurso* (o, incluso, *Mañana le cuento a Pedro cómo estuvo el discurso*, pero no es tema que nos interese ahora). Ninguno de nosotros diríamos *El año que viene iré a Austria en junio* sino que diríamos *El año que viene voy a ir a Austria en junio*.

Sin embargo, además de expresar la posterioridad de un evento con respecto del momento del habla, y como se señala en la NGLE “los sucesos venideros que se expresan con el futuro sintético [simple] admiten muy diversos matices: órdenes, solicitudes, recomendaciones, promesas, compromisos y otras nociones próximas a estas, en función de las cuales cabe esperar algún comportamiento futuro del hablante o del oyente” (NGLE, 2009, § 23.14d). En una oración como *Serán las siete, es hora de ir terminando este discurso*, estoy haciendo una conjetura con respecto a la hora. Si digo *No bien termine haremos un brindis* estoy anunciando mi intención. Si digo *Los presentes desalojarán con calma si suena la alarma de incendio* estoy señalando una obligación a los presentes. Pero no se trata, en rigor, de futuros, ya que podría decir las mismas cosas en pasado manteniendo los significados que señalé: *A las siete menos cuarto ayer dije que serían las siete, y que era hora de ir terminando el discurso*, y sigo significando una conjetura con respecto a la hora; en *Dijo que no bien terminara harían un brindis* no se pierde el significado de intención y si digo *El organizador señaló que los presentes desalojarían con calma la sala en caso de incendio* sigo señalando una obligación de los presentes. En el Uruguay, actualmente, en el español coloquial, solo conservamos el uso de conjetura. Para los usos temporales hemos abandonado absolutamente las formas simples.

Las cartas de Lelio y María Elena nos permiten hacer una cala en medio del siglo XX y corroborar que los usos de las formas simples de futuro eran similares a los usos actuales en otras variedades de español. Nos permiten saber que hace tres generaciones la forma verbal de futuro se usaba para suposiciones o conjeturas, y también para intenciones y obligaciones, incluso en la lengua coloquial, así como para la expresión del futuro cercano y del lejano.

Veamos algunos ejemplos de expresión de conjetura:

1. ya me había enterado por los diarios argentinos que como **supondrás** compré con ese fin. (...)

Te **extrañaré** que te escriba por avión pero lo hago porque presumo que **desearás** una carta mía (quizás este equivocada y te sea indiferente recibirla unas horas después).

Carta, 18. 12. 1939, María Elena

También empleaban el futuro simple para expresar posterioridad no inmediata al momento de la enunciación como vemos en (2) y (3), tal como lo hacen hoy hablantes de español europeo incluso en una comunicación cercana e informal.

2. Imposible ir esta noche, estoy ahogado de trabajo, mañana **estaré** contigo.

Nota, 6.7.1939, Lelio

3. (...) si el domingo no estás bien quédate tranquilo que ni hoy voy al cine ni **saldré** mientras tú estés en cama.

Nota, 10.11.1939, María Elena

Probablemente, en la actualidad, en una comunicación de estas características —correo electrónico, mensaje de texto, *whatsapp*— usaríamos las formas perifrásticas, esto es *voy a estar* contigo, *no voy a salir*.

Más extraña aun puede resultar para los jóvenes (y para los no tan jóvenes) actuales la expresión del futuro cercano —la tarde del mismo día— con la forma simple, como vemos en el ejemplo (4):

4. Nata Querida:

Hoy es el cumpleaños de la hijita de Mario y estamos invitados (...)

Yo me **compraré** camisa, zapatos y corbata y **estrenaré** un traje nuevo.

Carta, s/d c.1942, Lelio

Como ya ha sido señalado por Melis, quien aporta datos para la modalidad de español mexicana, “la expansión del futuro perifrástico a expensas de futuro simple ha progresado a lo largo de siglo XX con asombrosa desigualdad entre los miembros de la comunidad hispanohablante” (Melis 2006, p. 935). La expresión de eventos futuros con «*ir + a + infinitivo*» está mucho más extendida en nuestra modalidad de español que en la modalidad del español europeo. Podríamos decir, entonces, que el español ha cambiado en tres generaciones en el Uruguay y que ese cambio marca una diferencia dialectal. En este sentido, juzgado por el uso de los futuros, deberíamos decir que el español en el Uruguay es muy innovador ya que preferimos la forma más reciente de expresión del futuro y la empleamos en un número de contextos mucho mayor que en otras variedades.

Pasemos ahora al otro caso que me interesa analizar, que son las formas de tratamiento, esto es, en los recursos lingüísticos que empleamos al dirigirnos a otros. Como es bien sabido, existen pronombres de tratamiento como *tú, vos, usted, vosotros, ustedes* existen formas verbales como *cantas, cantás, canta, cantáis, cantan*. Así también hay nombres y pronombres posesivos. De este conjunto de expresiones me voy a centrar solo en los pronombres personales y en los verbos.

La actual generación joven emplea casi una única forma para dirigirse a otros: *vos* como pronombre y verbos agudos (en las flexiones en que esto es posible). Dicen entonces, *vos cantás, vos tenés, o vos venís*. Excepcionalmente, pueden utilizar el pronombre *tú* en lugar de *vos*. Estos mismos jóvenes, en muy escasas situaciones utilizan la forma *usted* con su verbo correspondiente: *¿Me podría decir la hora, por favor?, Pase usted primero* son frases que raramente pronuncian y les cuesta encontrar a quién decírselas.

Si analizamos el uso de las formas de tratamiento tres generaciones atrás encontramos una situación muy distinta. Vemos que Lelio trataba de *usted* a quien luego sería su cuñada:

5. [escrita a máquina]

Estimadisima Nena:

Después de desearte que se haya divertido mucho anoche en el baile, le pido que por favor me **mande** decir por el portador de esta donde se puede encontrar a Ramón (...)

Ya sé que el Solis estuvo fenómeno y que **se divirtió** mucho, saludos a todos y muchos más que a todos a la Beba y **dígale** que a las 6 y 15 voy por casualidad a tomar mate.-

Carta, c. 3. 1939, Lelio

Y Lelio trataba de *usted*, por supuesto, a quien luego sería su suegra, y lo hacía tanto él como su hermana y su madre, como podemos ver en estas tres cartitas incluidas en la misma hoja (6), (7) y (8), que tuvieron el propósito de que se le permitiera a su novia María Elena llevarle tostadas porque estaba enfermo:

6. Doña Margarita:

Querida Señora:

(...) Quisiera pedirle un favor, que desde luego **Vd.** me lo **hará** con esa bondad que la caracteriza, que **Vd. deje** que su y mi Bebita querida venga mañana temprano a traerme unas tostadas que necesito para mi completa curación, además como todavía estoy muy débil necesito tenerla a mi lado para reconfortarme mirándola. (...)

Muchos saludos para todos y besos para Pelusa, el nene y Gracielita.

Saludos

Lelio

7. PD. Doña Margarita: **Sea** buenita y **deje** venir mañana a la Beba para que me ponga los ganchitos y me marque los bucles.

Muchos Besos, Iris.

8. Uno mis regues ruegos a los de los muchachos y espero que nos **complacera** agradeciendo desde ya

S S S

Matilde

Cartas, c. 11. 1939, Lelio

Lelio y María Elena, sin embargo, no se trataban de *usted* entre sí siendo novios como sucedía con la generación anterior, en la que el tuteo era síntoma de intimidad. Recordemos esta carta publicada por Barrán y que corresponde aproximadamente a 1919:

9. Mi cariño, como **tú** lo sabes, he llegado a un extremo indecible, impulsada por este gran fluido que invade toda mi persona, he tenido **el gran atrevimiento de pedirte que me digas de «tú» ¡Perdóname!** Ha sido un **momento indigno de una señorita**, que ahora lo lamento. ¡Pero es tanto lo que te quiero! (...)

Carta de Chela a Alfredo c.1919, en Barrán (2001, p. 63)

Efectivamente, ya no se trataban de *usted* los novios en los años 40 pero sí se podía ver un cambio en el uso de los pronombres. A medida que se conocen más Lelio y María Elena pasan del *tú* al *vos*.

En la primera de las notitas conservadas, Lelio es consistentemente tuteante en los pronombres y en los verbos:

10. Querida Beba:

Hoy se cumplen dos meses de una fecha que para mi es como el comienzo de una nueva vida llena de un encanto y una dulzura que nunca había conocido y que solo a **ti** debo el conocerla, te estoy muy reconocido pues me has dado una felicidad que jamás hubiera imaginado que existiera.

Recibe todo el cariño que para **ti** tiene

Lelio

Nota, 6.6.1939, Lelio

Un año después, sin embargo, la vosea por lo menos verbalmente, como se observa en la siguiente nota (11):

11. Beba:

Trece meses: número fatídico que le trajo la orticaria a mi ñatita, pero que no traerá jamás ni ese número ni ninguna

otra cosa que exista en el mundo la infelicidad en nuestro cariño.

Te adora Lelio Buscasso [impreso] (...)

Vale: **Sabés** una cosa: qué linda **sos**, ñata.

Nota, 6. 5. 1940, Lelio

En ninguno de los textos de María Elena aparece el pronombre *vos*. Solo se manifiesta el voseo en el verbo y va aumentando en su frecuencia conforme pasan los años. De voseos esporádicos y en imperativo (que es donde comienza a aparecer con más frecuencia según se ha estudiado) se pasa a un voseo verbal generalizado, como surge de la comparación de la nota 1939 (12) con la de 1943 (13).

12. Querido Lelio:

No te **imaginas** lo triste que me deja el saber que estás enfermo y no puedo estar a tu lado, pero antes está tu salud, así que **cuidate** mucho y si el domingo no estás bien **quédate** tranquilo que ni hoy voy al cine ni saldré mientras **tú** estés en cama.

Decile a tu hermanito que perdone la forma en que fue recibido pero no sabíamos de quien se trataba. Te quiere con locura Beba

Nota, 10.11.1939, María Elena

13. Viejito Querido:

(...) **Venite** tempranito ya que no pudiste venir a almorzar porque si no el día se me va a hacer muy largo. (...).

Hasta luego negrito **veni** tempranito y contento y te vuelvo a pedir que vayas al oculista y **decile** que **tenés** depresión a ver si te dice que es de la vista.

Un beso grande de tu

Beba

Carta, s/d. c. 1943, María Elena

Lo visto nos señala dos cuestiones: por un lado, la jerarquía que ha tenido el tuteo, extraña si la comparamos con su significado en otras variedades de español. Este pronombre tiene unos valores de distancia, de cuidado que no son compartidos por otras zonas hispanohablantes, lo cual constituye una peculiaridad del español en el Uruguay. Como es sabido, esta variedad tiene por lo menos tres formas pronominales distintas (*tú, vos y usted*) cuando vamos a tratar a otra persona. La explicación de esta conformación lingüística tiene una larga historia, que voy a tratar de sintetizar aquí.

Cuando la lengua española llega a esta zona de América en los siglos XVI y XVII, como ya he señalado (Bertolotti 2011 a y b, 2012, 2015), el sistema de tratamientos de aquellos hablantes tenía tres formas posibles, igual que ahora en Uruguay: *tú, vos* o *vuestra merced*² > *usted*, aunque los significados eran distintos a los actuales. En esos siglos, el uso del pronombre *tú* se limitaba a situaciones de cercanía. El tuteo solo se daba entonces entre interlocutores que se conocían profundamente o desde temprana edad, preferentemente debían ser del mismo sexo y tener relaciones familiares y, en estas, solo un locutor de mayor edad podía tratar de *tú* a un familiar, pero no era posible lo contrario. Fuera de la intimidad, se trataba de *tú* solo a los criados. *Vuestra merced* tuvo dos usos básicos, originariamente en el estamento superior: sus integrantes recibían este tratamiento o se lo prodigaban entre sí.

En consecuencia, en todas las situaciones en las que no correspondía emplear *tú* o *vuestra merced* > *usted* se empleaba *vos*. Este tratamiento se usaba tanto en contextos de cercanía como de lejanía, tanto en contextos no deferenciales como deferenciales, tanto dentro como fuera de la familia, cubriendo entonces, la mayor parte de las necesidades comunicativas de los hablantes. Ese sistema tripartito, con un *vos* muy extendido, es el que manejaban los europeos hispanohablantes que llegan a América en el siglo XVI y, por tanto, el que aprenderán las primeras poblaciones indígenas que incorporen el español a su repertorio comunicativo.

Si avanzamos dos siglos, y analizamos cómo estaba constituido el sistema de tratamientos en el siglo XVIII, nos encontramos que

2 O alguna de las formas intermedias, como *vuesa merced*, *vuested*, entre otras.

el *vos* había desaparecido en la Península Ibérica y que el espacio comunicativo que antes ocupaba *vos* se había dividido entre *tú* y *vuestra merced* > *usted*, por factores de lingüística externa (ascenso de la burguesía, decaimiento de la nobleza, cambios sociales e ideológicos) y por factores de lingüística interna (gramaticalización de *vuestra merced* > *usted*). La nueva generación de españoles que viene a América impulsada, entre otras razones, por la voluntad borbónica de tomar las riendas del continente, tiene, pues, solo dos formas pronominales para dirigirse a otra persona: *tú* y *usted*.

Si al pensar el caso de nuestro país solo consideramos el establecimiento formal de la corona española en el siglo XVIII, es inexplicable que seamos un país con un voseo muy extendido. Sin embargo, si tomamos en cuenta la historia de la población de la región incluyendo en ella los primeros siglos y no pensándola a partir del siglo XVIII (Lezama 2008), podemos pensar en una permanencia del *vos* desde el siglo XVI que se conserva en hablantes rurales. Efectivamente, los estudios realizados sobre esta cuestión tanto con base en cartas como con base en piezas teatrales de principios del siglo XIX (Bertolotti 2011a y b, 2012, 2015 a y b), muestran presencia del voseo en personas o en personajes de origen rural y el uso de tuteo en personas y personajes de origen urbano o europeo. Esto es, existió en nuestro actual territorio una doble norma dentro a la misma comunidad de habla y es esa doble norma la que se sigue reflejando todavía en la generación de Lelio y María Elena y se reflejará todavía en algunas generaciones más.

Insisto, el voseo viene del mundo rural, no es una innovación urbana (Fontanella de Weinberg 1985); no es una importación de Buenos Aires (Elizaincín, Malcuori, Bertolotti 1997). La pregunta es entonces por qué voseaban quienes vivían en el campo. Recordemos, por un lado, que en la época de los primeros contactos culturales y lingüísticos, las formas que tenían menos restricciones de uso eran las del paradigma de *vos*. Eran, en buena medida, las menos marcadas y por lo tanto las más escuchadas por los grandes difusores del español en América, que fueron los indígenas que incorporaron la lengua española a su repertorio comunicativo. Consideremos, por otro lado, que las poblaciones rurales tuvieron una base demográfica indígena mucho mayor (por no decir casi exclusiva) que las que tuvieron las poblaciones urbanas, en donde se concentraba la mayor parte de los españoles que iban llegando.

Por tanto, y a diferencia de lo que se ha señalado (por Fontanella de Weinberg (1976, p. 269), entre muchos otros), entiendo que la actual distribución del voseo en América no tiene que ver con que *vos* y *tú* significaran más o menos lo mismo al momento de la llegada del español a América sino que hubo dos normas, dos tradiciones. Una, anterior en el tiempo, en la que predomina el *vos* áureo, por llamarlo de alguna manera, el que servía para todo, menos para los nobles y para los viejos y queridos conocidos o para los chicos o los pares de la familia. Este voseo *áureo* se instala fuertemente en el habla de los primeros hispanohablantes en América, algunos hablantes nativos de español y otros que lo aprendieron como segunda lengua. Otra norma, posterior en el tiempo, más innovadora —si tomamos como eje el español europeo del siglo XVI— en la que buena parte de los significados semánticos y pragmáticos de *vos*, son asumidos por *tú* se toma como más prestigiosa y es la que ha enseñado la escuela uruguaya, lo cual explica, que muchos hablantes usen ambas formas, *tú* y *vos*, reservando la primera para situaciones más formales, más cuidadas, más poéticas, más magisteriales.

Es esta la razón histórica por la que hemos creado una forma casi desconocida para otros hablantes de español que es *tú aprendés, tú querés o tú escribís*, esto es, un pronombre tuteante con un verbo voseante, con lo cual no nos entregamos totalmente al voseo ni somos totalmente tuteantes. Esta conservación del pronombre tuteante está en proceso de cambio actualmente: ya no lo escuchamos extensamente en los jóvenes educados actuales. Estudios sociolingüísticos recientes que realizan señalamientos en este sentido (Weyers 2013).

Podemos volver ahora a la pregunta formulada antes sobre las características del español en el Uruguay. Como vimos en el primero de los temas tratados, nuestra modalidad de español innova extendiendo el futuro formado por «*ir+a+infinitivo*» a todos los contextos posibles menos al de la conjetura y lo hace más rápidamente que otras modalidades de español. Como vimos en el segundo de los temas tratados, hemos conservado una forma que otras variedades han perdido (el *vos* y una flexión verbal acorde en algunos tiempos verbales), hemos innovado resignificando las formas tuteantes y creando una forma combinada *tú tenés*. No podemos, y no sé si tendría sentido intentarlo, decir si esta variedad es conservadora o innovadora.

Sin embargo, sí me atrevo a afirmar que es una modalidad renovadora, recreadora. Es un español dinámico, quizás porque muy dinámica ha sido la historia de sus contactos lingüísticos, contactos que tuvieron lugar en una sociedad flexible. Esta sociedad tiene una historia breve y, en consecuencia, las grandes instituciones normalizadoras como la escuela, la prensa, la academia poco han controlado los cambios en marcha, naturales a toda lengua.

Espero haber mostrado que el aporte que puedo realizar a esta academia no será el de clasificar, el de etiquetar o el de corregir sino pensar sobre algunas cuestiones de la lengua que hablamos todos los días y que es parte de nuestra identidad.

Bibliografía

Barrán, José Pedro. *Amor y transgresión en Montevideo. 1919-1931*. Montevideo. Ediciones de la Banda Oriental. 2001.

Bertolotti, Virginia. «*A mí de vos no me trata ni usted ni nadie*». *Sistemas e historia de las formas de tratamiento en la lengua española en América*. Ciudad de México. Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad de la República. 2015.

——— (en prensa). «*Voseo and Tuteo, the Countryside and the City. Voseo in Río de la Plata Spanish at the Beginning of the Nineteenth Century*» en Rivera Mills, Susana; Irene Moyna (título en discusión) Amsterdam/Philadelphia. Benjamins Publishing Company.

——— «Claves para la historia del español en el Río de la Plata: avances y rectificaciones sobre el tuteo y el voseo», *RASAL* 1. 2012. p. 7-26.

——— «Los cambios en la segunda persona del singular durante el siglo XIX en el español del Uruguay». Tesis de doctorado, <disponible en: www.historiadelaslenguasenuruguay.edu.uy>. 2011.

Elizaincín, Adolfo; Marisa Malcuori; y Virginia Bertolotti. *El español en la Banda Oriental del siglo XVIII*. Montevideo. Universidad de la República. 1997.

Fontanella de Weinberg, María Beatriz. *El voseo bonaerense. Visión diacrónica*. Bahía Blanca. Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur. 1989.

——— «Analogía y confluencia paradigmática en formas verbales de voseo», *Thesaurus*, 31 (2). 1976. p. 249-272.

- Garachana Camarero, Mar. «Del espacio al tiempo en el sistema verbal del español. Las perífrasis verbales *ir + a + infinitivo*, *venir + a + infinitivo* y *volver + a + infinitivo*» en Sinner, Carsten; José Luis Ramírez Luengo; María Jesús Torrens Álvarez (Coords.). 2011. *Tiempo, espacio y relaciones espacio-temporales desde la perspectiva de la lingüística histórica*. San Millán de La Cogolla. Cilengua. 2013.
- Herrera, Ernesto. *El teatro uruguayo de Ernesto Herrera. El estanque, Mala laya, El león ciego, La moral de misia Paca*. Con un prólogo titulado «Cómo surgió la iniciativa». Montevideo: Editorial Renacimiento. 1917.
- Herrera, Ernesto. *Su majestad el hambre (Cuentos Brutaes)*. Con un estudio de Carmelo Bonet. Montevideo. Claudio García Editor. 1931.
- Legido, Juan Carlos. *El teatro uruguayo. De Juan Moreira a los independentes 1886-1967*. Montevideo. Ediciones Tauro. 1968.
- Lezama, Antonio. *La historia que nos parió. Un ensayo sobre la idiosincrasia rioplatense*. Montevideo. Linardi y Risso. 2008.
- [NGLE] Real Academia Española y Asociación de Academias de la lengua española. *Nueva gramática de la lengua española*. Madrid. Espasa. 2009.
- Melis, Chantal. «Verbos de movimiento. La formación de los futuros perifrásticos», en Concepción Company Company (Dir.), *Sintaxis histórica de la lengua española. Primera parte: La frase verbal*. Volumen 1, México: Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México. 2006. p. 423-478.
- Rela, Walter. «Prólogo» a Ernesto Herrera. *Teatro completo. Clásicos uruguayos*, Vol. 87. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. 1965. p. VII-XXXI.
- Weyers, Joseph R. «Linguistic attitudes toward the *tuteo* and *voseo* in Montevideo, Uruguay», *Spanish in Context*, 10 (2). 2013. p. 175-198.